

Libros del Asteroide 

# Dario Ferrari

## Se acabó el recreo

Traducción de Carlos Gumpert



**Año 0**

Libros del Asteroide

Hay decisiones que marcan el cariz que adquirirá toda una vida, y hasta ahora yo siempre he tomado esas decisiones al azar. Si hubiera tenido que elegir cinco minutos después, podría haber hecho tranquilamente justo lo contrario, y no creo haber abordado ninguna encrucijada fundamental de mi existencia de forma relativamente ponderada, teniendo en cuenta un objetivo a largo (o incluso a medio) plazo. Mi tendencia natural es intentar no moverme, procrastinar hasta que todas las posibilidades se han evaporado y puedo volver por fin a refocilarme en mi capullo de infructuosidad. O bien me dejo llevar por la inercia y, en determinado momento, me encuentro haciendo algo sin haberme decidido realmente a hacerlo, arrullado por los tranquilizadores algodones de la irresponsabilidad. Hace un par de años mi madre, sumida en una efímera fascinación por Oriente, casi me obligó a leer un libro que, entre otras cosas, ilustraba un rasgo típico de la mentalidad china: en lugar de actuar con vistas a un objetivo, el sabio deja que las circunstancias lo lleven a donde ellas quieran, sin empeñarse a la manera occidental en querer ser a la fuerza el artífice de su propio destino. Por lo tanto, si el asunto es efectivamente como lo entendí yo, la cuestión no es que sea un vago, sino que soy prácticamente el modelo del sabio taoísta.

El hecho de que haya acabado haciendo un doctorado universitario no es una excepción: si alguien quisiera reconstruir sus orígenes, se encontraría como mucho con un cúmulo de contingencias fortuitas, de posiciones sostenidas más allá de lo razonable, por mera cabezonería y una congénita incapacidad para evaluar las consecuencias de mis acciones.

No soy de los que llevan la carrera académica inscrita en el ADN. Aparte de mi afición por la lectura (que he mantenido a pesar de no compartirla con ninguno de mis amigos y a pesar de la declarada hostilidad de mi padre hacia ella), he sido un estudiante universitario bastante mediocre. Mi único punto fuerte era el oficio. Intuía desde un principio lo que a un profesor le gustaba que le dijeran y me estudiaba solo las cosas que necesitaba para decir exactamente eso, ni una palabra más. Tenía un olfato especial para saber a qué clases debía asistir y en cuáles firmar la hoja de asistencia para esfumarme después; presentía qué libros del programa debía leer y en cuáles bastaba con un vistazo a la contraportada, y tenía puntería para identificar a la estudiante con gafas a la que pedir los apuntes. Al final casi siempre lo vadeaba todo así, prodigando mucha más energía y materia gris en entender lo que podía evitar hacer que en hacer algo.

Me licencié en Letras, poco más de una década después de matricularme, con una tesina sobre Kafka, en parte porque la asignatura de Literatura Alemana fue una de las pocas que había estudiado con gusto y en parte porque el profesor era un viejecito minúsculo y apasionado que me cayó bien de inmediato. La tesina no es que fuera una obra maestra, pero resultó ser, a fin de cuentas, la parte más agradable de la universidad. Tan agradable que la arrastré conmigo durante casi tres años, y mientras tanto tuve que cambiar de director porque el viejecito minúsculo y apasionado se murió. Al final leí la tesina con el nuevo catedrático de Literatura Alemana: un macho alfa de

mediana edad muy alto y siempre cabreado con quien hubo antipatía mutua a primera vista.

Después de presentarla caí en un estado de modorra existencial y por primera vez en mi vida empecé a sentir el peso de la edad. En el punto de inflexión de los treinta, reflexioné, mis padres ya habían hecho un montonazo de cosas — hijos, trabajos, hipotecas, mascotas—, mis abuelos habían luchado en la guerra y reconstruido el país y mis bisabuelos habían muerto a causa de la gripe española. Yo no solo no había hecho ni una sola de estas cosas, sino que todas me parecían inconcebiblemente alejadas de mis horizontes. Con todo, me decía siempre, es objetivamente absurdo comparar generaciones entre sí. Los abuelos y los bisabuelos tenían que hacer las cosas a toda prisa, antes de que un bombardeo o la viruela los arrancaran del cariño de sus seres queridos, y nuestros padres no tenían internet, Ryanair ni Pornhub: en determinado momento las opciones se agotaban y todo lo que quedaba era la familia y la carrera. Cada generación tiene su propia historia: nosotros tenemos una adolescencia de veinte años, pero sabemos hacer cosas con las que nuestros abuelos ni siquiera podían soñar, como reservar unas vacaciones en diez minutos y memorizar una cantidad vertiginosa de combinaciones de botones para jugar al PES.

Por desgracia, de buenas a primeras, hasta mis coetáneos empezaron a convertirse en adultos. Chavalotes descerebrados y requetetatuados, que hasta un minuto antes solo se alimentaban de porros gigantes y snacks para matar el hambre química, cuyos horizontes se agotaban entre el fútbol sala y el FútbolFantasy y que apuraban la noche vagando por los locales para evitar la vergüenza de regresar a casa antes del amanecer, empezaron a presentarse de un día para otro con alianzas en los dedos y la prole detrás y a encarnar los valores de la familia tradicional. Por supuesto, yo sé que siguen siendo los mismos chavalotes descerebrados, sé que su felicidad todavía depende exclusivamente de los resultados de la Juventus, sé que su alistamiento en la legión

de la familia es flor de un día y que sus mocosos acabarán encontrándose con un número exponencialmente creciente de padres y madres, a medida que los naturales vayan dejándose unos a otros y emparejándose otra vez para volver a dejarse y emparejarse de nuevo y así hasta el infinito, materializando por fin la utopía platónica de una comunidad en la que cada niño es hijo de todos. Lo sé bien, y aun así, no he sido capaz de dejar que esta avalancha de acontecimientos me resbalara por encima como todo lo demás. De repente, envejecí. Incluso a los críos, a los nacidos en los noventa, te los encuentras por ahí con el todoterreno, el malecón y la incipiente calvicie y te hablan con pleno conocimiento de causa sobre asesores fiscales, euríbor y miniclubs. Fue así como pasé de la eternidad de la juventud al *horror vacui* de la senilidad, perdiéndome las etapas intermedias. Y cuanto más viejo me siento, más veo recortarse en el horizonte mi versión personal del reloj biológico: la imagen de mi padre, que quiere que herede el bar familiar. Yo me juré a mí mismo y a él, en el momento en que dejó plantada a mi madre (y a mí, en consecuencia), que no me quedaría con el bar Gori ni muerto; y a estas alturas está cada vez más claro que mi padre espera ver pasar mi cadáver de licenciado en Letras por delante de su puerta para poder atraparme y obligarme a perpetuar su microempresa personal.

Quizá para librarme de ese sentimiento de indecisión y de amenaza inminente, decido darme una vuelta por Pisa: desde Viareggio se llega en tren en veinte minutos, por más que para cualquier viareggino se yerga una imponente barrera mental en las afueras de la ciudad que sabiamente aconseja no alejarse nunca de allí, puesto que más allá de las fronteras del municipio no puede haber nada bueno. Todavía estamos a principios de septiembre y la invasión de los estudiantes venidos de fuera no ha empezado aún, y pensé que perder el tiempo en los barecillos de piazza Dante, donde desmenucé la mayor parte de mis días de

universitario, podría alimentar de alguna manera en mí la ilusión de que todavía queda tiempo para la transición a la edad adulta.

Tan pronto como abro el periódico, se me planta delante Carlo, el asistente del departamento de Italianística que me tocó en el examen oral de Literatura Italiana Contemporánea y que me descuartizó meticulosamente, después de lo cual seguimos siendo amigos. Se sienta a tomar un café y me pone al día sobre los asuntos internos del departamento. La tía que se ha liado con el catedrático, el que ha conseguido un doctorado en Cornell y manda liberadoramente a todo el mundo a tomar por culo, el antiguo director de departamento al que le han detectado un cáncer de próstata, el estudiante de doctorado que después de años de vejaciones ha sufrido un colapso nervioso, la secretaria que sigue escondiendo a propósito todos los papeles del profesor Lanza en un acto de acoso feroz y desinteresado. Luego pasa a detallarme las luchas internas para el concurso de doctorado de este año. En la época en la que él se presentó, existían unas veinticinco becas de doctorado en toda la Facultad de Letras; hoy son cuatro y hay que repartirlas entre seis departamentos. Por si fuera poco, una de las cuatro está destinada a la Universidad de Florencia, donde los doctorados en Literatura están suspendidos hasta nuevo aviso.

—Hoy en día la mayoría de los profesores te desaconsejan que hagas un doctorado —dice Carlo.

—Sí, ya lo sé, te dicen que te vayas al extranjero.

—En efecto. Como si el extranjero fuera un sitio al que enviar tu currículum. Si lo creyeran de verdad, tendrían que decirte a dónde ir, a quién escribir. Pero ellos tampoco tienen ni idea. Solo te digo que, después de licenciarme, Sacrosanti me aconsejó que intentara buscar algo en Berlín, que era el *non plus ultra* para las cosas que estaba estudiando yo. Es una pena que «en Berlín» haya cuarenta universidades.

Sonrío, pero, como suele pasar cuando me cuenta estas cosas, no tengo muy claro a dónde quiere ir a parar.

—En definitiva, ahora los profesores prefieren no tener nada que ver con los doctorados. Ya no es un campo en el que los catedráticos de la universidad aspiren a ejercer su poder. Aunque todavía queden algunos que le siguen guardando cariño a estas pequeñas escaramuzas para ver quién la tiene más larga.

—Como Sacrosanti —digo yo, porque en realidad un poco sí que sé a dónde le gustaría ir a parar.

El ilustrísimo profesor Sacrosanti es una especie de *dominus* de la Facultad de Letras; antiguo militante de la izquierda extra-parlamentaria en olor a terrorismo en los años setenta, al igual que los más despiertos de aquella camada revolucionaria supo escabullirse a tiempo y reinventarse como académico, sin tener siquiera que renegar en exceso de sus ideas. Al contrario, todavía hoy se enfada si le dicen que es de izquierdas: «Soy *comunista*, no de izquierdas», responde; y a veces se declara, un poco por pose, maoísta o incluso estalinista. Dicho esto, de Sacrosanti tengo excelentes recuerdos: es alguien que se ha pasado toda su vida estudiando y que ha entendido las cosas que estudiaba; en clase era un poco teatral pero muy entretenido e incluso abierto a la discusión. Entre otras cosas, es de los que no deja las clases en manos de sus asistentes y cambia cada año el tema del curso, dependiendo de en qué esté trabajando. En resumen, que me quito el sombrero. Su talón de Aquiles, con todo, es el goce casi erótico que obtiene de las relaciones de poder universitarias. Siempre ha perseguido el poder, más aún desde que le nombraron decano de la Facultad de Letras. Es capaz de paralizar todo el departamento de Italianística si el puesto docente por contrato no se asigna a quien él dice; de impedir que alguien vaya como *visiting professor* a los Estados Unidos si a su amigo fulano de tal no se le invita a realizar una *lectio magistralis*, o de boicotear una cátedra si no le dejan dos plazas de doctorado de las cuatro disponibles.

Este último caso acaba de producirse: a Italianística le corresponden este año dos becas (de las que una irá a parar a Italia-nística y la otra a Teoría de la Literatura, disciplinas ambas bajo

su dominio), otra va a Historia del Cine y del Teatro (por lo que se producirá *a posteriori* un choque fratricida entre la facción Teatro y la facción Cine dentro del DAMS\* de Florencia) y la última a Historia Moderna, y ya está predestinada a un estudiante de la Scuola Normale Superiore, un joven de veintitrés años que tiene en su haber una muy citada monografía sobre la economía del siglo XVII y a quien Carlo Ginzburg ha dado las gracias en su último ensayo.

—¿Y los de Sacrosanti ya se saben? —le pregunto a Carlo.

Él sonríe. Está claro que parte de la libido relacionada con la distribución de prebendas también ha pasado como herencia a él, que es uno de los vástagos de la secta de los sacrosantianos más estimados por el Ilustrísimo.

—Raffaele dice que no, pero eso forma parte del juego. Esta vez, sin embargo, lo cierto es que no hay ningún nombre por el que esté dispuesto a luchar hasta la muerte.

Raffaele es el nombre de pila de Sacrosanti, y su uso es prerrogativa exclusiva de un círculo mágico del que Carlo se ha ganado sobradamente uno de los carnés honorarios en virtud de quince años de colaboración no necesariamente remunerada.

—Entonces ¿para qué quiere dos becas?

Carlo se encoge de hombros. Tal vez se sienta incluso un poco desconcertado por una pregunta tan ingenua. Luego me da una respuesta que, a su parecer, debería aclararme la situación:

—Se jubilará dentro de unos años.

Respondo con una de mis miradas bovinas.

—Vaya... —intenta explicarme—, que son sus últimos cartuchos. Si quiere otro discípulo, tiene que conseguirlo ahora.

—¿Eso quiere decir que no hay nadie ya designado?

\* Acrónimo de *Discipline delle arti, della musica e dello spettacolo*, una innovadora licenciatura en arte, música, teatro y cine nacida en la Universidad de Bolonia en 1971 por iniciativa, entre otros, de Umberto Eco, y extendida más tarde a otras sedes universitarias italianas. (N. del T.)

—No he dicho que no haya nadie ya designado. He dicho que la cuestión todavía no está cerrada.

—El caso es... —lo invito a sacar el conejo de la chistera.

Me enseña un trozo de papel. Nombres y números. Al principio no lo entiendo, pero de repente me acuerdo: Carlo es una especie de corredor de apuestas. Y lo que me está enseñando son las probabilidades que les concede a los candidatos al doctorado.

—La lista no está completa porque la inscripción aún está abierta. Y, por lo tanto, las cuotas están sujetas a cambios. Supongamos que aparece uno recomendadísimo, está claro que a ese le doy un 1,2 y los demás suben un poco. Pero si quieres apostar ahora, las probabilidades son estas.

La quiniela del doctorado. Yo solía jugar con regularidad, pero las dinámicas universitarias siempre me resultaron tan oscuras que ni siquiera estuve cerca de dar con un nombre ganador.

Echo un vistazo a los candidatos, habrá siete u ocho.

—¿Tan pocos? —pregunto.

—Estos son solo los papables.

Van desde una cuota mínima de 2, para un tal Camasta, hasta un máximo de 25 para los dos últimos.

—¿Quiénes son estos?

—El último es Giacomo Mattei. ¿Te acuerdas de él?

—No.

—Sí, hombre. Será la duodécima vez que aspira al doctorado. Ese gafapasta que dice haber escrito un diccionario manganeliano pero que no encuentra a nadie que se lo publique.

—¡Ah, sí, claro! El que iba a campamentos de verano donde solo se hablaba latín.

—Pero con la pronunciación *restituta*.

Esbozo una sonrisa y dejo caer:

—¿Y el otro?

—Son los Varios y los Eventuales. Los que no aparecen en la lista. Es decir, aquellos que objetivamente no tienen esperanzas.

—Pero ¿hay que elegir uno?

—No, se pueden elegir en bloque.

—Pues entonces casi casi...

—Es una elección suicida. Si alguno puede ganar, ten por seguro que lo sé.

—Espera, déjame echar otro vistazo.

Recorro los demás nombres de la lista. Los conozco a casi todos; a fin de cuentas, diez años pasados en la universidad algún poso han tenido que dejarme. Aparte de Giacomo Mattei, que por definición no tiene esperanzas, los demás son todos la flor y nata de la fauna estudiantil. Gente que se licenció en plazo, que coleccionó matrículas de honor, que estudió en profundidad, leyó mucho y pasó el Erasmus en la Sorbona o en Tubinga. Gente que hace treinta años habría obtenido una plaza calentita en la universidad incluso antes de defender su tesis de licenciatura, y a la que hoy en cambio te la encuentras luchando por migajas, y dentro de unos años, si les va bien, podrán enseñar italiano e historia en el valle del Po, en el instituto profesional Germano Mosconi, donde se habla dialecto, se intercalan blasfemias y los profesores son el peldaño más bajo de la jerarquía social y humana. Y tal vez vayan al instituto con un kalasnikov el día que descubran que hasta el director escribe «po'» con acento.

—¿Quién es el elegido? Camasta. ¿Lo conozco?

—No, yo tampoco sé mucho de ella.

—¿Cómo es que le das un 2? ¿Qué es, una normalista puesta de anfetaminas?

—Es de Bolonia, una alumna de Savoia.

—¿O sea?

—Vamos, si hasta te has examinado con sus libros. El experto en Pirandello.

—¡Ah, claro! *Uno, ninguno y menos uno* de Giovanni Savoia. No llegué a leerlo, con ese título dudaba que pudiera decir algo inteligente.

—Pues mira tú que es un gran libro. A Savoia lo invitan a Stanford una vez al año. Y, entre otras cosas, es amigo íntimo de Raffaele.

—En cambio a este Pier Paolo, ¿por qué no le ves posibilidades?

Carlo frunce el ceño. Pier Paolo es un normalista al que Sacrosanti respeta mucho y objetivamente parece extraño que no sea uno de los elegidos.

—En mi opinión, optará por cursar su doctorado en la Normale y no en el departamento.

—Bueno, vale, lo entiendo: Camasta es la apuesta más previsible.

—¿Cuánto apuestas?

—Diez euros. Pero me los juego por Giacomo Mattei. En mi opinión, este es el año de las cenicientas.

Al volver de Pisa quedo con mi padre, que tiene derecho, según el acuerdo de separación, a una cena a la semana. Es el único día que no ceno en casa con mi madre ni una pizza por ahí con alguien, o sea, la noche que peor como.

Sé que en el umbral de los treinta años debería ser un poco más independiente, pero dada mi situación profesional no puedo permitirme incluir en mi presupuesto los gastos de un alquiler. Si todo va bien, en invierno puedo ganar al mes cincuenta euros los sábados por la noche de camarero en el restaurante donde trabaja mi amigo Franz; cincuenta euros un domingo de cada dos, durante el turno de comidas, porque desde que el dueño se ha hecho socio del Viareggio si el equipo juega en casa no va a trabajar; unos cien euros por dar clases particulares de italiano a algún chaval de secundaria cuyos padres están tan desesperados que no pueden permitirse un profesor de verdad y recurren a mí, que pido doce euros la hora y voy a darle clases a su casa porque no tengo una propia; y por último una can-

tividad variable por mantener actualizada en tres idiomas —italiano, inglés y un alemán muy creativo— la página web de una empresa local que produce tejidos caros y tiene ambiciones de internacionalización (un trabajillo que llamo *copywriting* para darme a mi vez un tono internacional). Total: apenas llego a los quinientos euros al mes, por suerte casi todo en negro.

Esta noche, sin embargo, debo admitir que no es de las peores de mi padre. Casi hemos terminado de comer el pollo con patatas que ha comprado en el asador, mojándolo en montoncitos de mayonesa y bebiendo cerveza Moretti, y todavía no ha sacado a relucir ninguno de sus caballos de batalla: cómo voy vestido; el hecho de que no haga nada en todo el día; el hecho de que no quiera ponerme a trabajar con él en el bar; alguna meta importante alcanzada por gente de mi edad, por lo general hijos de sus amigos, que sospecho que le dicen bastantes gilipolleces que sin embargo mi padre se traga a pies juntillas porque le confirman que le ha tocado el único hijo inútil total de la provincia de Lucca.

Que no haya sacado estos temas significa que hemos cenado prácticamente en silencio, dado que no tenemos muchos más temas de conversación; pero me da la sensación de que la nuestra ha sido a fin de cuentas una velada aceptable entre padre e hijo, y siento una remota forma de afecto por él, aunque solo sea porque creo que por fin ha cambiado de asador. Quizá ahora que ambos hemos alcanzado cierta edad podamos empezar a tener una relación más madura. Incluso decido comunicárselo, de alguna manera.

—Oye, ¿sabes que el pollo estaba muy rico?

—¿Qué quieres decir? —pregunta receloso.

—Nada. Que estaba rico.

—Lo he comprado en el asador, no lo he hecho yo.

—Ya lo sé, pero estaba más rico que de costumbre —acompañó el comentario con una sonrisa, como para subrayar que no estoy bromeando, ironizando, provocando ni aplicando quién

sabe qué otra artera táctica de agresión disimulada, sino solo soltando cumplidos triviales, como los que sueltan las personas normales cuando comparten una comida.

Él, sin embargo, no parece confiar en mis intenciones pacíficas, y creo que las razones pueden ser dos: la primera es que mi padre y yo no hemos tenido una conversación normal prácticamente nunca, y la segunda es que las sonrisas no son mi fuerte. Sospecho que es porque las fuerzo, ya que no me salen de forma natural, y por eso el resultado se asemeja a una mueca o, en el mejor de los casos, a una pasesia.

—Roberta está de vacaciones —dice, y luego hace una pausa—. De todos modos, es verdad que este pollo está rico. Lo hacen al ladrillo, en lugar de en un espetón. —Semejante profusión de detalles superfluos me sorprende aún más que el cambio de establecimiento.

Se levanta para retirar los platos y los envoltorios de papel de aluminio y vuelve a la mesa con dos tazones, dos cucharaditas y una tarrina de helado artesano. Ahora es mi turno de recelar. Estoy dispuesto a creer que quiera compartir conmigo sus opiniones sobre las pollerías de Viareggio, pero que en lugar de comprar la tarrina de chocolate y nata del supermercado haya ido sin segundas intenciones a la heladería artesanal me parece francamente inverosímil. Me pregunto qué píldora amarga querrá endulzar con este helado. Son dos las hipótesis que se me vienen a la cabeza.

La primera es que me tiene que notificar una enfermedad. Su mansedumbre durante la cena parece reforzar esta hipótesis: está intentando resignarse a la idea de dejar un mundo imperfecto y a un hijo aún más imperfecto y disfrutar de esos pequeños placeres a los que siempre se ha negado en su vida: cambiar de asador, comer helado casero, no insultarme.

La segunda hipótesis es que mi padre se haya «vuelto a emparejar», como dicen los ancianos enamorados: que con casi setenta años su corazón haya vuelto a latir y ahora esté a punto de anunciármelo, acaso con unas expresiones incómodas que me

harán sentirme terriblemente avergonzado de él. Me pregunto quién puede hacer latir el corazón de mi padre (aparte del Inter de Herrera y, un poco menos, el de Mourinho), pero sobre todo me pregunto a quién narices podría hacerle latir el corazón mi padre, que, si bien en el pasado pudo tener su encanto, ahora me parece poco más que un viejo gruñón con un mefistofélico aliento a tabaco (a pesar de que, por lo menos de manera oficial, no haya vuelto a fumar desde hace veinte años). Quizá, me digo, una cuidadora del antiguo Pacto de Varsovia: una mujer criada en el socialismo real y fugitiva de una sociedad patriarcal formada por hombres violentos perpetuamente henchidos de vodka puede ser el único tipo humano al que mi padre podría parecerle un buen partido. Pistas a favor de la hipótesis romántica: afeitado reciente, olor pasable en casa, interés por la diferencia entre pollo al ladrillo y pollo asado.

Lo cierto es que el helado está incluso más rico que el pollo, pero lo engullo con la cabeza encogida entre los hombros, esperando a que mi padre suelte el as de bastos. Sin embargo comemos en silencio y estoy a punto de ser yo quien tome la iniciativa y le diga que está enfermo. O enamorado. En cualquier caso, algo grave. Pero al final me contengo: unos días más de inconsciencia no me harán daño.

—Oye, espera un momento —me dice cuando ya estoy a punto de irme y tengo la chaqueta puesta y el casco en la mano—. Te he comprado esto.

Me entrega una bolsa de papel de una librería (más que una librería, es un supermercado de libros, pero estoy demasiado desconcertado para andarme con nimiedades). Me acaba de hacer un regalo: una señal de que el asunto probablemente sea incluso más grave de lo que pensaba.

Un regalo pesado, constato mientras sujeto la bolsa.

—Pero... —balbuceo, mirándolo no estoy seguro cómo.

No termino la frase y saco el libraco de la bolsa. Título: *954 plazas de personal de recepción y vigilancia. Oposición del Mi-*

*nisterio de Patrimonio Cultural*. Sigo perplejo. Luego, antes incluso de comprenderlo todo, siento que me invade la rabia.

— ¿Qué es esto? — mascullo. Mi padre no ha acertado con un regalo en toda su vida, pero esto es una obra maestra de manipulación disfrazada de regalo.

— Es... un libro de esos para preparar las oposiciones. Hay una parte con lo de estudiar y otra con lo de poner cruces.

— ¿Qué oposiciones?

— Del ministerio... no sé, de un ministerio. Lo único que piden para presentarte es el diploma de bachillerato, pero es un puesto fijo y todo lo demás.

— ¿Qué es todo lo demás?

— Y yo qué sé. El salario, por ejemplo. Lo de la oposición esta me lo contó Piero, ya sabes, su hija trabaja en Roma en el ministerio, es jefa o lo que sea...

— ...

— Oye, que pensaba que te hacía un favor. Como no quieres venir a trabajar al bar...

— ¿Pretendes que sea vigilante de museo? ¿Que me pase el día en un pasillo vacío mirando la nada y diciéndoles a los niños que no pegen mocos en los cuadros? ¿Quieres que me pase la vida cortando entradas? ¿Crees que he estudiado para eso?

— Bueno, estudiar, lo que se dice estudiar... Es que a ti te da asco trabajar. Y como también eres un presuntuoso te crees que los trabajos que hace la gente normal no valen un pimiento.

Mi padre había entrado en una librería, quizá por tercera vez en su vida, y no para comprar mi opera prima y darse cuenta de que tenía un hijo genial, sino para hacerse con un tocho de cuarenta euros con la esperanza de que por lo menos estuviera a su alcance (es decir, al mío) un trabajito fijo como vigilante de museos desiertos. O incluso que una capitulación por mi parte en esa oposición también pudiera allanar el camino para que yo asumiera la gestión del bar.

— Es que ni pensarlo — digo con hastío.

—Porque tú siempre has pensado que tenías la pilula de oro. Tiene que hacerse el *intelectual*, el muy crío.

—Sí, soy un intelectual. ¿Y qué pasa?

—Pues pasa que nadie te va a pagar por hacerte el intelectual de por vida, ¿o qué te crees?

—La universidad.

—Ah, ¿con que ahora la universidad te paga? ¿Han decidido pagar a los figurantes fijos?

—Empiezo el doctorado en enero —le suelto.

—¿Y eso qué es?

—Es que la universidad me paga un sueldo para seguir estudiando.

—¿A ti?

—A mí, efectivamente. Es el primer paso para convertirse en profesor universitario.

Mi padre no está lo suficientemente familiarizado con el mundo académico como para poder plantear objeciones, y creo que por un momento se le pasa por la cabeza la idea de que tal vez me esté subestimando. Una hipótesis que le dura una fracción de segundo, y estoy convencido de que justo después habrá empezado a pensar que el doctorado, que seguramente glorificaría si lo hiciera el hijo de cualquier otro, debe ser algo casi sin valor.

Pero no le doy tiempo a responder, me marchó en seguida dando un portazo y bajo las escaleras de cuatro en cuatro hasta el portal. *Voy a hacer el doctorado*, pienso, y acciono el pedal de mi Vespa PK con la esperanza de que por una vez arranque a la primera, invadido por la ira, la exaltación y un desapego total de la realidad.

El problema es que si Carlo me incluyera en la quiniela del doctorado tendría que darme un cuarenta, que es mucho más de lo que se pagaría por la ya inverosímil victoria de Giacomo Mattei, que al menos cuenta con una sólida experiencia en prue-

bas de doctorado en las que indefectiblemente se lo cargan. No hay una sola variable en juego que me sea favorable. Desde el currículum a los patrocinadores académicos, desde la apuesta a los padrinos políticos, desde las relaciones personales a la edad, no hay objetivamente razón alguna para elegirme a mí en lugar de a cualquier otro.

Y, sin embargo, ahora estoy *committed*, como se dice en el póquer: por más que mis cartas sugieran una prudente rendición, ya he apostado tan fuerte que no me merece la pena retirarme. Total, mejor tentar al destino, por improbable que sea.

Me he expuesto demasiado —y lo que es peor, con mi padre— como para poder echarme atrás. Así que vuelvo a estudiar, a pesar de ser consciente de que es imposible salvar la brecha acumulada tras una década de lecturas asistemáticas y en su mayoría olvidadas por completo, frente a las trayectorias académicas impecables, ricas y bien organizadas de mis adversarios. La única ventaja de presentarme al concurso de doctorado es que resuelve, al menos de manera temporal, mi problema de exceso de tiempo libre.

Para preparar el examen me propongo releer mi (muy digna) tesis de licenciatura, repasar algo del manual de Literatura Italiana, alias «el Ferroni», e intentar descifrar mis apuntes para el examen de Literatura Italiana Contemporánea que hice con Sacrosanti.

Si sale mal, me atenderé a la coartada de siempre: al final siempre ganan los recomendados.

Tres días antes de la prueba escrita recibo un mensaje de Carlo.

«¿Es verdad que te presentas al concurso?»

Casi parece un reproche.

«Oh, yeah», respondo. «Quiero velar por mi inversión.»

«Pero ¿por qué no me lo has dicho?»

«Me habrías aconsejado que no lo hiciera.»

«Desde luego.»

«No te preocupes, Charlie. Vuestra boloñesa no peligra.»

«De eso no cabe la menor duda.»

«¿Tengo alguna esperanza de quedar segundo por lo menos?»

«No.»

«Dime solo una cosa: ¿qué cuota tengo?»

«Te crees tú que tienes cuota. Estás en los Varios y Eventuales.»

«¿Entonces puedo amortizar mis diez euros en Varios y Eventuales?»

«Tu apuesta queda invalidada.»

«¿Me devolverás los diez euros?»

Carlo deja de responder.

Me escribe al día siguiente: «Por lo menos echa un vistazo a la *Pragmática de la novela* de Sacrosanti».

«¿Y mis diez euros?», insisto.

«Es el precio del consejo que te acabo de dar.»

Luego se encierra en un silencio que esta vez sé que durará al menos hasta el final del concurso.

En realidad, echar un vistazo a la *Pragmática de la novela* es todo lo que me da tiempo a hacer. Porque Carlo me lo recomienda cuando faltan cuarenta y ocho horas para la prueba escrita, y en la biblioteca de Viareggio ya te digo yo que no lo tienen; me toca pedirlo por Amazon y al final a ese volumen de casi quinientas páginas densamente escritas, el *opus magnum* sacrosantiano, puedo dedicarle una tarde y una noche, y ni siquiera entera, porque tengo que ir a buscar mi amuleto de la suerte a casa de Dario, un amigo mío hipocondriaco que lo necesitaba para no sé qué prueba médica, y acabamos pasando la tarde haciendo el idiota.

Así que, al final, de la *Pragmática de la novela* solo consigo llegar a tres cuartas partes de la introducción. Si acaso, me digo, lo retomaré si paso al examen oral. Es decir, probablemente nunca.



Los muñones de los dedos de Giacomo Mattei, descarnados por años de feroz mordisqueo nervioso que han hecho desaparecer definitivamente las uñas y varias capas de dermis, extraen el tema de la prueba escrita: «Lo grotesco. A partir de Bajtin y Kayser, defina el candidato la estética de lo grotesco en un autor, una corriente o una época de su elección». La treintena de personas presentes se miran unas a otras con una expresión inequívoca de consternación. La frase que prácticamente todo el mundo murmura en voz baja es: «Menudo tema más jodido». Lo cual es innegable, pero mira por dónde, es precisamente *mi* jodido tema, dado que en el único texto que he repasado para el examen, es decir, mi tesis de licenciatura, hay un capítulo entero dedicado a lo grotesco en Kafka. En virtud de ello, *por pura casualidad*, también tengo cierta idea de quiénes son Bajtin y Kayser, y por eso me dispongo a escribir un excelente ensayo, pensando en todos los pozos de ciencia que se encuentran a mi lado y que se ven pulverizados en un instante por mi golpe de chorra.

Sin embargo, a juzgar por las notas de la prueba, mi entusiasmo en caliente estaba menos justificado de lo que pensaba; no es que me haya ido mal, claro que no, y desde luego me ha ido mejor de lo que voceaban los pronósticos de la víspera, pero no ha sido el triunfo que esperaba después de entregar el ensayo. He sacado un 27, una nota excelente, pero no suficiente para presentarme como favorito al examen oral. Agnese Camasta, la boloñesa a quien la quiniela del doctorado de Carlo daba un 2, ha obtenido un rotundo 30, lo que diría que la sitúa fuera de mi alcance, pero también fuera del alcance de cualquiera. Luego estoy yo, con mi honorable 27, seguido por dos de los favoritos —Pier Paolo y Virginia— que han sacado buenas notas, pero inferiores a la mía: 26 y 25. Lo que, por un error de perspectiva, podría hacer pensar que estoy en la *pole position* para la segunda beca (tres años a mil doscientos euros al mes *para estudiar*, me repito, degustando el sueño antes de que se me es-

cape de las manos), pero en realidad, si se suman los méritos y la evaluación de la tesis, soy el último de los cuatro. Para llevarme el gato al agua en el examen oral tendría que superar a Pier Paolo y a Virginia al menos por dos puntos, lo que honestamente me parece imposible.

Con todo, haber pasado al examen oral es en sí una victoria. Somos cuatro de treinta, lo que me sitúa entre los mejores, algo que me ha ocurrido pocas veces en la vida. No podré monetizar mi hazaña pasándome tres años estudiando a costa del Ministerio de Educación e Investigación, pero sí podré abandonar mi experiencia universitaria con la cabeza alta. Es en sí una victoria, si uno sabe conformarse; y modestamente, esa es una de las cosas que mejor se me dan, conformarme.

El 10 de noviembre, los cuatro que hemos pasado al examen oral nos reunimos en un pasillo del segundo piso del Palazzo Ricci, junto a la esmirriada salita en la que han decidido realizar la prueba. Yo seré el tercero en examinarme, según recoge la lista que han pegado en la puerta con un trozo de celo. Como antiguo alumno de esta universidad, y frente a tanto excelso estudiante forastero, me avergüenzo un poco de esa dejadez casi ostentosa. Por suerte, para elevar un poco el tono llega Sacrosanti, elegante y desenvuelto, quien antes de retirarse con sus colegas se detiene a saludarnos personalmente y nos concede una palabra y media broma a cada uno.

A mí me reserva un «Tú eres Kafka, ¿no?», en referencia a mi tema (espero). Me estrecha la mano con un apretón agradable, firme pero no abrumador, confiado y tranquilizador al mismo tiempo. Su paso tiene el efecto de aliviar la tensión. Empezamos a charlar. Cinco minutos me bastan para entender que los otros tres candidatos son de otro planeta comparados conmigo, y no me refiero solo a las nociones que despliegan en materia de literatura y crítica literaria, sino también a su profundo conoci-